

II.

El manto, áun en los dias de su mayor esplendor, ha sido siempre sencillo, y quizá á esto debió su larga dominacion. El manto formó parte del vestido, tanto femenino como masculino, desde muchos siglos antes de la era vulgar; y segun eruditos historiadores, que nos han dado curiosos datos sobre trajes y costumbres de las más antiguas civilizaciones, lo usaron los egipcios y los persas desde los primeros tiempos de su constitucion en pueblos estables. En los sepulcros antiguos, que ya lo eran en tiempo de los Faraones, se hallaron cadáveres envueltos en ámplios mantos funerarios, los que, segun *Herodoto*, estaban tejidos de hilos metálicos y filamentos de palmera, lo cual les hacia casi insensibles á la accion del tiempo.

De todos los pueblos de Oriente, solo la China no usó el manto, pues el Egipto, la Persia y toda la Palestina le tenia, no solo como una parte del vestido, sino como distintivo honorífico.

En los pueblos de la India el manto era casi todo su vestido, y tambien insignia de mando y elevada gerarquía, por lo que solo le usaban los grandes jefes.

Más tarde, la Grecia, adoptando el manto, le dá una gran importancia, y su forma, color y tela, dan ó quitan preeminencias á su dueño, estando prohibido su uso á las meretrices.

Roma tenía un carácter especial para asimilarse todo aquello que hallaba á su paso, y no fué la última en adoptar el manto para añadirle á su ya suntuoso traje, cuando la sencillez republicana cedió el puesto al fastuoso imperio; y los nobles patricios, los altos dignatarios y los opulentos señores, le ostentaron sobre sus hombros, ya sujeto al cuello con ricos broches de metales preciosos, ya graciosamente cruzado sobre el pecho ó sobre el hombro.

Cuando el uso del manto se hubo extendido en Roma á todas las clases sociales, la manera de prenderle constituía el distintivo; y mientras los patricios, y los que ejercían altos cargos públicos le sujetaban con broches de oro y perlas, los simples ciudadanos debían llevarle cruzado sobre el pecho, y los artistas y poetas atadas las dos puntas sobre el hombro izquierdo.

La tela era, en general, lino ó lana, y la forma la misma que hoy se ve en los teatros, cuando en ellos figura algún personaje de

aquella época. Como adorno llevaban franjas de color de púrpura y hasta bordados de perlas.

Como era natural que sucediera, esta prenda, que en un principio solo la usaron los hombres, se la apropiaron despues las mujeres, prestándola todo el encanto y distincion que da siempre la belleza á cuanto toca. Las romanas tomaron casi todos sus adornos de las griegas. Primero hicieron uso del *palium*, colocándolo sobre la túnica que, hasta entonces, habia sido la parte esencial de su traje; sucesivamente fueron añadiendo el *lati-clave*, la *stola*, y por último el *kimastion* (manto) y el *peplo*, otra especie de manto destinado á cubrir á las desposadas durante las fiestas nupciales. En el *peplo* estaba admitida toda clase de adornos. Habia *peplos* de familia, que se custodiaban en cajas de marfil y de maderas preciosas; estos eran los que estaban enriquecidos con bordados de perlas, cuyos bordados representaban batallas y triunfos militares que constituian las glorias de la familia, por referirse á sus antepasados.

Las damas y matronas llevaban el manto sujeto con broches ó hebillas sobre el hombro izquierdo, lo mismo que los hombres,

mientras que las doncellas lo prendian en la parte posterior de la cabeza, pasando despues las puntas por debajo de los brazos y anudándolas sobre el pecho. Durante todo el imperio estuvo prohibido el uso del manto á los esclavos y á las meretrices.

El pueblo hebreo debió usar el manto desde muy antiguo; pues varias veces se habla de él en la Biblia, y tratándose de Jahel, dice: «Y ocultando bajo su manto el martillo en su diestra mano y en la siniestra un clavo, penetró en la estancia en donde Sisara estaba dormido, y le dió la muerte.» Tambien al tratar de Judit dice que «habiendo cortado la cabeza al terrible Holofoernes, envolvióla en un paño, y cubriéndose ella y su sirvienta con los mantos, salieron de la tienda del general asirio y de su campamento.»

Resulta, pues, de todas las noticias que nos suministra la historia, que en la edad antigua todos, ó casi todos los pueblos civilizados del globo, hacian uso del manto, y además de ser una parte importante del vestido, servía como distintivo honorífico, con sólo variar algo la forma, la tela ó el color.

III.

Al comenzar la Edad media, un gran ca-

taclismo mudó por completo la faz del mundo. La invasion de los bárbaros influyó poderosamente en el cambio que sufrieron las costumbres y las leyes. La constitucion política y la constitucion civil, fueron basadas sobre principios nuevos, sin que por esto dejaran de entrar en estos principios algunos elementos de lo pasado; y los vencedores, al imponer á los vencidos sus leyes y sus costumbres, tomaron á su vez de ellos todo lo que les pareció útil ó conveniente, dándole aplicaciones varias; unas conformes á las que antes habian tenido, otras completamente distintas; de lo que resultó una cultura aún más refinada que la de los opulentos romanos en sus mejores tiempos. Ahora bien; entre estas adopciones entró la del manto; de cuya prenda hizo insignia de mando, y durante mucho tiempo solo se ostentó sobre los hombros de los reyes, los prelados y las emperatrices; y durante el mayor predominio de la Iglesia, el manto abacial, con el anillo y el báculo, eran las insignias de los obispos y superiores de las órdenes monásticas.

La capa pluvial es aun hoy y fué siempre, el *sumum* del lujo en las fiestas de la Iglesia, y los más humildes frailes que tenian una dignidad eclesiástica cualquiera, en las

grandes ceremonias se ponian, para representarla, el manto sobre el hábito. Las órdenes militares que nacieron con motivo de las Cruzadas, tenian, y aún tienen, como distintivo el manto, siendo obligatorio el vestirlo para asistir á los capítulos.

A pesar de que el uso del manto parecia entonces pertenecer exclusivamente á los hombres, y solo en casos dados, pronto, como en Roma, tomáronle para su adorno las mujeres. Las reinas primero, y las grandes señoras despues, comenzaron á usarle, y por último se generalizó, quedando prohibido solo á los siervos.

Cuando se consideran las múltiples modificaciones que han sufrido los trajes desde que se tienen noticias históricas, y que á través de todas ellas el manto conservó su influencia, necesario es reconocer la utilidad que ofrecia, ó los grandes atractivos que debería prestar á la belleza, cuando las mujeres le dieron una estabilidad tan poco en armonía con el carácter voluble de la moda.

IV.

Modificados en absoluto los trajes en los siglos xv, xvi y xvii, el uso del manto, fuera

de lo que se refería á los reyes y á los sacerdotes, se circunscribió casi exclusivamente á las mujeres, generalizándose tanto en Italia, Francia, España y Portugal, que en las novelas y comedias, que mejor pintan las costumbres de la época, los vemos representar un papel importantísimo. La libertad individual, ganando el terreno palmo á palmo, en conformidad con las leyes del progreso, empezaba á iniciarse, y confundidas ya algun tanto las clases, se confundían también los trajes y las costumbres. Alguna vez, como en tiempo de Felipe II, de España, hiciéronse leyes suntuarias que pronto caían en desuso. En una de estas se prohibía «usar manto de velludo á las menestralas, y en absoluto de toda clase de telas á las que vivían en las mancebías.»

Los recursos del manto, en aquellos tiempos, eran infinitos para la coquetería, y mucho más artificiosos que todas las prendas que hoy componen el traje femenino. Muy torpe debería ser la dama que, con el auxilio del manto, nos mostrara las bellezas y ocultara los defectos. Con un poco de habilidad, podía la ménos agraciada pasar por hermosa. La recatada parecíalo más, y la atrevida, después de lanzar una mirada de fuego, que-

daba en aptitud de desmentirla, cubriendo el rostro para ocultar el rubor de haberla lanzado, ó la sonrisa del triunfo.

Tales fueron, pues, los mantos; sus últimos triunfos se los deben á las mujeres de aquellos siglos, que, mal que les pese á los eternos censores, fueron más coquetas que las de hoy; y las modas, más cómplices que lo son en nuestros dias, de los artificios femeninos.

Los poetas dramáticos de nuestro siglo de oro acabaron de inmortalizar el manto. En todas las intrigas de sus obras, *las tapadas* juegan un importantísimo papel; y en prueba de ello, véanse las comedias más celebradas de Calderon, Tirso, Lope, Rojas, Alarcon y Moreto: *Casa con dos puertas*, *El socorro de los mantos*, *La celosa de sí misma*, *La verdad sospechosa*, *Amor y celos*, *Lo que puede el interés*, *No hay burlas con el amor*, y otras muchas que hicieron de nuestro teatro el primero del mundo. Como nuestras obras dramáticas eran traducidas ó arregladas y puestas en escena en Italia, Francia y Portugal, *el manto* quedó inmortalizado.

Para que nada faltara á su fama, D. Francisco de Quevedo le hizo objeto de sus sátiras, y con motivo de una pragmática del rey

Felipe III, en la que se prohibia que las mujeres se cubrieran el rostro con los mantos, escribió varias composiciones, entre otras, un bellissimo romance intitulado *La confesion de los mantos*, el cual empieza:

«Allá van nuestros delitos.»

.....

La moda, tan poco estable siempre, respetó, no obstante sus veleidades, esta prenda del traje femenino hasta fines del siglo XVIII, en el que, la Revolucion francesa, que bien pudiera llamarse universal, modificó con su influencia, no sólo la Constitucion política de muchos pueblos, sino los usos, trajes y costumbres. Con el calzon corto, el zapato de hebilla, la chupa, el espadin y las pelucas en los hombres, desaparecieron los mantos en las mujeres. Las clases acomodadas fueron las primeras en suscribir á la moda, y el pueblo las siguió más tarde. Sin embargo, en España aún duró el uso del manto más de un cuarto del siglo presente, y quien esto escribe le ha visto usado en algunos pueblos de Castilla, en las provincias de Zamora, Valladolid y Segovia despues del año 1850, y hasta podria asegurarse que hoy existen algunos mantos en el fondo de esos viejos ar-

cones de nogal, que son el primer ornato del modesto ajuar de la familia castellana, en la clase labradora.

Resulta, pues, que el manto es la prenda del vestido más antigua que se conoce; pues su origen se pierde en los tiempos ante-históricos, y que le han usado casi todos los pueblos del mundo, siendo alternativamente insignia de mando, velo del pudor, escudo del recato y pantalla del vicio. Varió muchas veces de forma; pero desde el siglo x hasta hoy conservó ya la última, tanto el sacerdotal como el real, y tampoco cambió gran cosa el que usó la plebe. La aristocracia, ya lo hemos dicho, modificaba este apéndice del vestido según su capricho, porque tal es y ha sido siempre el privilegio de la riqueza.

Italia y España fueron las naciones en donde más célebres se hicieron las tapadas; pero sobre todo en España, á causa de haberlas sacado á la escena nuestros autores dramáticos. El verdadero génio inmortaliza cuanto toca.

EL CONCIERTO DE CAFÉ.

I.

La moda del café cantante que tan en apogeo estuvo hace seis ó siete años, ha pasado casi por completo. Las zarzuelas microscópicas, con acompañamiento de interjecciones y ruido de cucharillas, han cedido el puesto á los cuartetos de violin, viola, flauta y violonchello, que constituyen, por punto general, la orquesta de los conciertos de café. Al cambiar el espectáculo, casi pudiera creerse que habian cambiado tambien los espectadores, pero esto no ha sucedido; la concurrencia es siempre la misma, los mismos tipos, las mismas tendencias é idénticas las aspiraciones que allí les reunen.

El concierto de café, en este país clásico por escelencia, no podia ser sino una caricatura ridícula, una parodia desgraciada del verdadero concierto musical.

Cuatro aficionados al divino arte, acojieron con entusiasmo su aparición, pero el desencanto tardó muy poco en llegar.

Tres ó cuatro son hoy en Madrid los cafés en donde se verifican conciertos bi-semanales. Dos pertenecen, como si dijéramos, á la aristocracia del género, y el resto á la democracia. Que el lector nos acompañe á cualquiera de los primeros, y podrá formarse una idea de esta planta exótica, mal arraigada en España, antes que desaparezca; lo que creemos y esperamos que no tardará en suceder.

Son las dos de la tarde de un día que no es festivo, y por lo tanto, solo los desocupados pueden permitirse el lujo de asistir, porque á tales horas las oficinas del Estado y las particulares están aún abiertas.

Desde una mesa, situada en el alféizar de una ventana y medio oculta por las grandes cortinas de reps destinadas á matar algo la viva luz del sol, para que no ofenda á los concurrentes, podremos observar, sin ser vistos, las mil curiosas peripecias que tienen lugar durante las tres horas consagradas al arte, y las interesantes escenas mimicas que se representan en todos los ángulos del salón. Según sea tu humor, podrás, lector querido,

reír ó llorar, que para todo hallarás asunto, bien tomes lo que veas con estóica filosofía, bien haga vibrar en tí la cuerda del sentimiento; ya te empeñes en no mirar más que lo risible de las flaquezas humanas, ó ya compadezcas sinceramente los errores de tus semejantes.

II.

Primer cuadro.—El local está lleno; los profesores se encuentran en su sitio y dispuestos á empezar.

El mozo, repartiendo los programas:—
¿Qué van ustedes á tomar?

Dos pollos.—Trae dos boteltas de agua y seis vasos. Esperaremos á que toquen la primera pieza. Van á venir unos amigos.

El mozo aparte.—(Antes ocuparé yo la mesa con otros parroquianos.)—(Yéndose.)
Bien, bien.

Dos niñas y una mamá entrando:—¿A dónde nos sentamos, Laura?

La interpelada mirando á todas partes:—
Cerca de la puerta, que mamá siente mucho el calor. (Espero á Juanito, y quiero que me vea pronto, para que no se vaya sin convidarme, diciendo que ya ha tomado.)

Rosa.—¿No pedimos, Laura? Yo me muero de sed.

—Mujer, no hay prisa. Esperemos que vengan los amigos del otro día, y entonces...

Tres militares, de capitán á subteniente (no siempre ha de ser de subteniente á capitán:)—¿Vas esta noche á casa del teniente Rojas?

—Yo no; ¿y tú?

—Yo sí, chicos; me gusta la Pepita Martínez, y el aguardiente que nos dá la tenienta.

—¿No más?

—Y los cigarros del habilitado.

—¿Por qué no lo dices todo?

—Pues bien, sí: la mujer de...

—Calla que viene el marido, mira.

Tres mozas de rumbo:—A ver, mozo, traiga Vd. sorbete de *fresas*, leche *amerengada* y chica con grande.

—El programa, señoritas, (dice el mozo, presentándolas uno con la mano izquierda, mientras que con la derecha limpia la mesa, y con los ojos procura descifrar la incógnita de si la rubia que está mirando es tal rubia, ó es pintada.) Al fin tiene que marcharse sin saberlo.

—¿Vendrá el Curro, Emilia?

—Vendrá, Clara.

—¿Y el señorito del ruso?

—Ese no se sentará con nosotras; pero pagará, y es lo mismo.

—Preludios de la orquesta.

El piano gime bajo los dedos del profesor, que se empeña en hacerse oír entre los mil discordantes ruidos de aquella Babel en miniatura.

—¡Mozo, mozo; café!

—¡A ver, mozo, una copa!

Otro, llamando con el baston sobre el mármol de la mesa:—Un chico de naranja.

El violonchello deja oír sus sonoros lamentos; en cuanto al violin y á la viola, de cada diez notas que les arranca el arco se percibe una. La flauta está convertida en canto de grillo.

En la mesa de Emilia y Clara:—¿Qué están tocando, chica?

—Pues mira el programa y lo sabrás.

—Pieza cuarta, en sí bemol, de Haydn.

—¡Ah, sí, ¡*Del Molinero de Subiza*? Me gusta mucho.

Y dicho esto, la *dilettanti* se queda tan satisfecha.

Concluyó la pieza; una salva de aplausos atronadores hace vibrar los cristales de todas las puertas y ventanas. Los músicos se dis-

ponen á repetir la última parte por lo ménos, de la preciosa cantanta, que *nadie* ha escuchado. El silencio se restablece, mas apenas se dejan oír las primeras notas, la algarabía vuelve á comenzar.

III.

Cambio de decoracion.

Un camarero de categoría, vestido de negro, guantes de algodón y corbata blanca, recorre el salón acompañado de un mozo que lleva en las manos una gran bandeja.

—¡Los ramos, los ramos! dicen por lo bajo las niñas Laura y Rosa.

Con efecto, el camarero se acerca á todas las mesas en que hay señoras, y entrega á cada una de estas un ramo de flores de valor de ocho maravedises; y mientras acaba su majestuoso paseo, por entre sillas y banquetas, el piano vuelve á gemir, preludiando la *ejecucion* de una nueva pieza musical de Beethoven ó Meendelsson, que será tan *religiosamente* escuchada como la anterior.

Entre tanto el ruido crece, el calor se hace insoportable, las miradas de mesa á mesa son más significativas; las conversaciones *íntimas* más numerosas; los que al principio no se

conocían, ya se brindan y se obsequian mutuamente.

Las niñas y la mamá ya no están solas, las acompañan tres caballeros de cierta edad.

Los pollos han bebido la mitad del Lozoya, pues los cuatro compañeros (y no mártires) han sido tan sóbrios como ellos y se han contentado con hacer gasto del inocente líquido.

Las mozas de rumbo hablan en *caló* y beben ron. Curro y el señorito del ruso, son los *paganos*.

Los tres militares son ahora ocho ó diez, y hablan de política, de mozas, de juego; pero no escuchan la música.

Quince ó veinte parejas, repartidas en los diferentes rincones del salón, hablan bajito, mas no por eso escuchan más que los otros los acordes del precioso andante de Mozart, que en aquel momento están tocando los profesores.

Repartidos en cien grupos, estudiantes, militares, periodistas, cómicos y toreros, rien, beben, juran, hablan de medicina, de literatura, de ciencias, de negocios, de bromas, de conquistas, de todo, en fin, de todo cuanto se pueda tratar estando en un concierto *musical*.



Mas ¿qué es eso? ¿Por qué aplauden con manos y piés todos los que no han escuchado la pieza?

Pues te diré, lector amigo, aplauden precisamente por eso, porque no la han oído y quieren aparentar lo contrario. Es una hipocresía como otra cualquiera.

IV.

Otra vez cambia la escena. La concurrencia va disminuyendo. Todavía faltan dos piezas, según el programa. *La marcha de las Antorchas*, y *Juanita*, polka de suma gracia. Sin embargo, ya comienzan á verse algunas mesas vacías.

— ¡Calle! ¿Qué se hicieron las niñas Laura y Rosa? ¿Y su respetable mamá?

— Pues amigo, han desaparecido; pero no solas, sus tres maduros galanes se han ido con ellas. ¡Santa Virgen, y qué destrozo han hecho! Eran tres, y hay más de veinte tazas, vasos y copas sobre la mesa: ya no dirá Rosa á su hermana que llame, que se está muriendo de sed; ahora es posible que muera de ahita.

Las mozas se han marchado; también; pero

solas, despidiéndose de sus acompañantes hasta la noche.

Unas cuantas parejas restan todavía. Las dejaremos entregadas á su amena plática y salgamos de aquí, lector querido, que el calor y el humo de los cigarros amenazan sofocarnos. Dejemos á los pobres músicos que toquen la marcha deseando *marcharse*, y por lo tanto bastante precipitadamente, y ahora dime las impresiones que te ha producido «El Concierto de Café,» bajo el punto de vista del arte, y mirado además como cuadro de costumbres, no españolas, sino importadas de allende de los Pirineos, que es de donde tomamos nosotros todo lo *bueno*; y si no quieres hacer tú solo ese trabajo, hagámosle á medias.

¿Cuál es el fin que trata de llenar el concierto de café?

A lo menos, entre nosotros, ninguno de verdadera utilidad, mientras que sirve de pretexto para que los unos pierdan el tiempo y los otros gasten el dinero. En cuanto á *ellas*, nada tenemos que decir; el sitio, la hora y el resto de los detalles, dicen demasiado.

El arte no sabemos si ganará mucho en brillo y esplendor. Somos profanos; pero á nuestro pobre juicio le parece que tal ga-

nancia es algo problemática. Si dejáramos hablar solo al sentimiento, añadiríamos que nos parece esa exhibición del arte, más que un culto, una profanación.

La moda, que puso en boga, según dijimos al comenzar, el café-cantante, nos trajo después el concierto de café, y quién sabe lo que se le ocurrirá traernos mañana. Pero así como lo primero no se aclimató entre nosotros, porque no tenía razón de ser, creemos que tampoco se aclimatará lo segundo.

Nuestro carácter es demasiado serio, demasiado grave, para que hagamos de tales caricaturas costumbres españolas, por lo que, dentro de algunos años, quizás ya nadie se acuerde de que hubo un día en Madrid **CONCIERTOS DE CAFÉ.**

LA SORTIJA, EL GALLO Y LA CUGAÑA.

FIESTAS DEL CARNAVAL EN CASTILLA.

I.

Las costumbres se van. En la vertiginosa carrera de nuestra vida actual se confunden el pasado y el presente, y aun apenas si nos atrevemos á tender la mirada para sondear con ella el porvenir.

Nuestros padres solian decirnos: «Tal ó cual cosa se hacia ya así en tiempo de nuestros abuelos.» Hoy nosotros, que somos jóvenes todavía, tenemos que decir á nuestros hijos: «Cuando éramos niños como vosotros, habia tal uso, tal costumbre, que hoy ya no existe.»

Ahora bien; ¿debemos alegrarnos de que esto suceda? ¿Quién sería capaz de asegurar que allí estaba el mal y aquí el bien, allí el error y aquí la luz? Harto difícil nos parece que nadie quisiera cargar con tal responsa-

bilidad. Tampoco nosotros nos sentimos con ese valor.

Sin embargo, habremos de confesar ingenuamente que, no sin un sentimiento, mezclado de amargura, hemos visto desaparecer, borradas por la mano del tiempo, ó más bien por la invasion de las ideas nuevas, ciertas costumbres, con las cuales estaban identificados los recuerdos de nuestra infancia; y es que, mal que le pese al espíritu, la materia reclama sus derechos, y mientras él grita «adelante,» ella tiende á estacionarse, porque comprende que, al marchar, camina hácia su descomposicion, hácia su aniquilamiento. Nadie como nosotros ama el progreso, y todo lo que de él dimana; pero aun así, no podemos menos de rendir un recuerdo doloroso á lo que fué, abultándonos la distancia sus encantos, como agranda las sombras: por eso al trazar el boceto de un cuadro de costumbres castellanas que hoy ya no existen, quizá le demos un colorido más rico, más brillante de lo que fué en sí; pero de todas maneras procuraremos permanecer fieles á la verdad, y nuestros lectores sacarán las deducciones que de él se desprendan.

De los antiguos torneos, de lo que fueron en otro tiempo los juegos épicos de los caba-

llos que, vestidos de cota y loriga, corrian cañas y jugaban lanzas, vino á quedar, sin duda, la costumbre de correr la *sortija* y el *gallo*, y jugar la *cucaña* en las ciudades y villas más caracterizadas de Castilla la Vieja.

Esta distraccion, rara si se quiere, extraña por la forma anómala en que se verificaba, encontrábase todavía implantada, como planta exótica, en medio de las modernas costumbres de nuestro siglo en la mitad de él, en algunas ciudades y villas; y únicamente la rápida marcha de los sucesos de estos últimos veinte años ha podido desarraigála. Para hacerla reaparecer á los ojos de nuestros lectores, necesario nos es retroceder esos veinte años, y trasladarnos con la imaginacion á la época en que, muy jóvenes aun, casi niñas, asistimos repetidas veces á ella.

II.

Figurémonos una extensa era, en donde el dia 2 de Febrero, invariablemente, hiciese frio ó calor, sol ó lluvia, se improvisaba el palenque abierto para el juego de la *sortija*.

Dos piés derechos, parecidos á los que sostienen los hilos telegráficos, se enclavaban

en la tierra uno frente á otro, separados por tres ó cuatro varas de distancia.

Estos dos *machones* sostenian una varilla de hierro, en la que iban ensartadas dos ó tres docenas de poleitas de madera, en cada una de las cuales se enrollaba una cinta de raso de brillantes colores, rematada por una sortija. El juego consistia en pasar por debajo de esta varilla, engarzar con el rejoncillo una de estas anillas y llevarse como trofeo la vistosa cinta; pero entiéndase que esto debia hacerse á caballo y, por lo menos, á un trote largo.

En la misma forma se verificaba el juego *correr el gallo*. El ave, atada por las patas á la varilla que sostenian los *machones*, se agitaba sin cesar, y los corredores, caballeros en asnos, pasaban por debajo, y alzándose sobre los estribos, procuraban asir la cabeza del infeliz gallo, hasta que concluian por arrancársela, y el que tal conseguia se llevaba como premio el ave mutilada. Este segundo juego convenimos en que tenia mucho de bárbaro.

La *cucaña* se ha generalizado más, y si hablamos aquí de ella, es porque formaba parte de la *fiesta* que describimos; pero todo el mundo la conoce. Este juego consiste en

colocar en la punta de una alta percha, enclavada en el suelo, un premio que, en las fiestas de Castilla, solia ser una onza de oro. La percha, perfectamente pulimentada, teniendo además una lijera capa de jabon en seco, se hacia inaccesible por lo resbaladiza, y pocos eran los que pasaban en su ascension de la tercera parte de su altura, sucediendo no pocos años que el premio quedaba intacto al terminar la fiesta, y el ayuntamiento repartia la onza de oro entre los presos de la cárcel.

Dada una idea de aquello en que consistian los juegos, pasemos al aspecto que estos mismos presentaban.

La variedad de la citada diversion hacia que se interesaran en ella todas las clases sociales. La *sortija* pertenecia á la aristocracia; el *gallo* á la clase media, y la *cucaña* al pueblo: por lo tanto, lo abigarrado de la concurrencia era lo que más caracterizaba la fiesta.

En Valladolid, por ejemplo, los juegos tenian lugar en el extenso prado de la Magdalena. Tres ó cuatro mil almas invadian todas las avenidas desde las primeras horas de la mañana. Vendedoras ambulantes; músicos idem; comparsas ó cuadrillas de estudiantes con guitarras y bandurrias; cuadrillas de ar-

tesanos reunidos en gremios; cuadrillas de mozas del pueblo con panderos y sonajas; centenares de familias, tambien en cuadrilla, reunidas para comer, bailar y ver la fiesta; miles de paseantes que, más juiciosos, no metian ruido, pero aumentaban la concurrencia; todo esto imprimia tal variedad, tan brillante colorido al cuadro, que concluia por herir poderosamente la imaginacion. Esta variada concurrencia servia de marco, y como de valla, al palenque en donde se disputaba el premio de los juegos. Los jóvenes caballeros que rompien el *hielo* corriendo la primera *sortija*, eran saludados con un hurra lanzado á la vez por miles de bocas. El ardor de la carrera redoblaba entonces. A los torpes les regalaba el público atronadoras risas; palmadas y bravos á los más diestros, y la fiesta, tomando su verdadero carácter, se generalizaba, comenzando algo más allá la *corrida del gallo* y la ascension de la *cucaña*. El dividirse la atencion no era causa bastante para que el ruido aminorase, antes por el contrario, crecia á cada paso: inmensas oleadas de risas, de gritos y de aplausos pasaban por encima de aquel mar de cabezas humanas, y en alas del viento llegaba del campo á la ciudad, rompiendo el silencio

que reinaba en esta, yendo á excitar la envidia de los que, por una causa cualquiera, no habian podido asistir á los *juegos*. Cuando estos se hallaban en todo su auge, la confusion de clases venia á darle su verdadero carácter. Cansados los elegantes de correr la *sortija*, sobre todo los que habian sido poco afortunados por su falta de destreza, cambiaban de suerte, se iban á correr el *gallo*. Entonces los que, montados en mansos descendientes de *rucio*, veian invadido su terreno, tomaban la revancha y no siempre sin éxito, resultando de esta confusion nuevos y ruidosos hurras prodigados al vencedor.

Los vanos esfuerzos hechos más lejos para alcanzar la famosa onza de oro, colocada en lo alto de la *cucaña*, obtenian tambien la recompensa. Con la voz, con el gesto y con toda clase de ademanes, excitaba la multitud á los paladines. Cada palmo que el *hombre ardilla*, lograba adelantar en su ascension, era saludado con un ruidoso bravo, y cada vez que su cuerpo se deslizaba por el suave tronco hasta dar en tierra, un prolongado silbido acompañaba la caída, y otro nuevo paladin, ocupando su lugar, llegaba á probar fortuna.

El sol en tanto comenzaba á descender;

las horas pasaban, y al ruido de los gritos y de los bravos venia á unirse el de las músicas y cantares. Además el aire libre excita el apetito: era necesario merendar. Hacíase mesa y mantel del césped, y el banquete empezaba. En la época á que nos referimos, nadie habia pensado en establecer fondas en las romerías y fiestas campestres; por lo cual el que queria comer en ellas debia llevar consigo las viandas y sentar sus reales en cualquier sitio. El comedor, por otra parte, no pecaba de estrecho, y cada cual podia ocupar todo el lugar que quisiera. Las libaciones aumentaban la alegría general: los bailes, las risas, los cantares, las disputas, todo contribuia poderosamente á enriquecer el cuadro con más vigorosas tintas.

III.

Lo que hemos descrito se repetia los jueves y domingos que mediaban entre el 2 de Febrero y el miércoles de Ceniza, con el aditamento del lunes y martes de Carnaval. No se crea que, por repetirse tantas veces, la fiesta perdía su encanto; antes por el contrario, en los últimos dias el entusiasmo era mayor, más numerosa la concurrencia, más atro-

nador el ruido, más expansiva la alegría y más variado el panorama; porque á ello contribuian los abigarrados trajes de las máscaras, y lo picante y festivo de las bromas dadas y recibidas. La perspectiva de cuarenta dias de silencio, mesura y recogimiento, exasperaba la locura general, habiendo momentos en que llegaba al paroxismo del delirio.

Segun hemos dicho antes, si el premio de la *cucaña* de algunos de los dias de juegos no habia sido alcanzado, el miércoles de Ceniza, al servir la comida á los pobres presos de la cárcel, se les repartia como limosna, añadida á la que anualmente en dicho dia les daba el ayuntamiento, y era para ellos una verdadera fiesta.

Las cintas conquistadas por los jóvenes caballeros, despues de ostentarlas presas en el hombro durante algunas horas, eran expuestas como trofeos á los piés de alguna hermosa, señora de sus pensamientos, que la guardaba como amoroso recuerdo.

El *gallo*, ó los gallos mejor dicho, servian para alguna sabrosa merienda, añadiéndoles algunas tortillas, y regados abundantemente con el aromático vino blanco del país; pues el gallo es en general duro, y las buenas co-

cineras dicen que el vino blanco pone tiernas las viandas; solamente que, en las fiestas de que nos ocupamos, el vino se lo echaban en el estómago y no en la cazuela.

IV.

Tales eran, en suma, los juegos de *la sortija*, *el gallo* y *la cucaña*; juegos de los cuales, con muy pocas excepciones, no queda hoy ni siquiera un recuerdo en la presente generacion; pero que hizo las delicias de la que va pasando, despues de haberlas hecho de otras muchas. El progreso cumple con su mision al renovar todo á su paso. Nosotros respetamos, como el que más, sus decretos; pero sentimos, al ver que desaparecen las costumbres que nos recuerdan nuestra juventud, la misma dolorosa impresion que siente la coqueta al ver que aparece entre sus negros cabellos la primera cana; es el instinto de conservacion, innato en el hombre, que se revela contra la vejez que le acerca á la muerte; es la materia que tiende á estacionarse, mientras el espíritu grita: ¡Adelante!

EL LUTO.

No es una revista de modas lo que vamos á escribir, y por más que hablemos de trajes, nuestro pensamiento, al tomar la pluma, está ciertamente muy léjos de las futilidades y caprichos del tocador. Somos mujeres, y mujeres ¡á qué negarlo? con todas las debilidades de nuestro sexo, á las que por nada ni por nadie renunciaríamos, aún cuando estuviera en nuestra mano el hacerlo. Somos mujeres, y como á tales, nos agrada el agradar á los demás; hacemos y hemos hecho siempre todo lo posible por parecer bien, rindiendo culto á la moda, y pasando algunas horas delante del espejo; pero hay, sin embargo, un punto del tocador en el que no estamos conformes con la regla general que se sigue: este punto es *el luto*. Todo el mundo sabe que los colores del luto cambian según el pueblo ó nacion; pero todo el mundo

deberia tambien saber que su primera cualidad, para que sea fiel representante del dolor, debe ser la sencillez.

Los colores adoptados para el luto han sido varios, recorriendo el uso casi todos los del prisma. Roma y Grecia usaron el blanco, cuyo uso se prolongó durante mucho tiempo, aún despues de la invasion de los bárbaros, que á su vez le adoptaron, como otras muchas de las costumbres del imperio.

El amarillo era el luto de los egipcios, y en la India, éste y el rojo combinados, constituian el traje del dolor, y la desesperacion de los padres que perdian á sus hijos varones: las hembras no eran lloradas, ni se vestia luto por ellas.

Morado ó violeta es el color que usan los chinos. El azul constituye el luto de algunos de los pueblos eslavos y tártaros; y por último, el negro es el generalmente adoptado por la civilizada Europa y la culta América. El luto, como signo visible de dolor, como tributo de cariño, pagado á la memoria de un sér querido que la muerte nos ha arrebatado, debe ostentar como primera condicion la más grande sencillez, denotando con ella un completo olvido de sí mismo, y una reminiscencia dolorosa de los lazos rotos por la muerte;

y como el que sufre, dicho se está que no ha de preocuparse de agradar, la coquetería, unida al luto, nos parece una profanación del sentimiento, una falsificación de la pena, una mentira vestida con el traje de la verdad.

Desgraciadamente para la civilización, á la que rendimos un entusiasta culto, no podemos, por muy grande que sea nuestro deseo, disculparla de las faltas que le son inherentes. El refinamiento, la cultura, y otra porción de bellas cualidades y ventajas que forman su cohorte, tienen, como toda medalla, su reverso representado en la hipocresía, la vanidad y la mentira; y así como el légamo de un lago no siempre está relegado en el fondo, dejando admirar la cristalina pureza de la superficie, sino que alguna vez se remueve por corrientes subterráneas, y sube á enturbiar la tersura de aquel que parecía bruñido espejo de las estrellas, así también, á pesar del extremo con que en nuestras modernas sociedades se cuida de guardar las apariencias, haciéndonos estar orgullosos del grado de cultura que alcanzamos, alguna vez el cielo se revuelve, y sus miasmas vician la atmósfera amenazando asfixiarnos.

El lujo, ese cáncer social, que será siempre la mancha de toda civilización, el borron que

enloda las más hermosas páginas del progreso, nada respeta, y de todos los sentimientos, de todas las virtudes, de todos los vicios, de todas las clases y de todas las condiciones humanas, se hace pagar un oneroso tributo, invadiendo lo mismo los palacios que las cabañas, y pasando de la populosa capital á la miserable aldea, no hay hogar que no visite, ni pensamiento que no ocupe, ni cerébro que no procure trastornar, y como consecuencia precisa, sentimiento delicado que no bastardee, no respetando ni el dolor, ni el placer, ni la experiencia de la edad madura, ni la inocencia de la niñez, ni el candor de la juventud.

Efectos de estas causas son los refinamientos, vanidades y coqueterías que lamentamos en los trajes de luto que, más que tales, parecen á veces trajes de gala.

Los pueblos que antes hemos citado, aquellos en donde la cultura estaba más adelantada, adolecieron del propio defecto; pero nunca, sin embargo, fué tan visible el abuso como lo es en nuestros dias. La Grecia, en medio de su refinada civilizacion, conservó puro el sentimiento del recuerdo, y sus trajes de luto eran modelos de sencillez. Roma, más refinada en sus gustos, aunque menos

artística y espiritual, siguió en esto sus huellas; pero ya á la túnica blanca de lino, añadió las perlas como emblema de las lágrimas; y para volver á encontrar la sencillez propia del verdadero dolor, es necesario buscarlo en el luto del pueblo árabe y en la vírgen India.

El pueblo hebraico, que cubria de ceniza sus cabellos en señal de duelo por la pérdida de un sér querido, no tenia traje de luto, propiamente dicho; y el sentimiento se daba á conocer por medio de manifestaciones externas, materializando el dolor. A nosotros, á nuestra moderna civilizacion, correspondia el hacer de todas estas diversas maneras de guardar el recuerdo de los muertos, un ramo de lujo, y una arma puesta al servicio de la vanidad.

Largos párrafos consagran los periódicos de modas á la descripcion de los trajes de luto: y no hay refinamiento que no inventen para privar al atavío del dolor de su característica severidad.

Mil y mil detalles, mil tonos de claro-oscuro, hacen conocer las diferentes escalas del sentimiento. Hay trajes de luto, hechos *ad hoc*, para todos los tipos de belleza, y para todas las edades, como los hay para todas las

estaciones del año, y cada uno de los días del mes, y para todas las horas del día.

Trajes de visita, de salón, de calle, de mañana, para comidas, para campo, para estación de baños, para viaje, para recibir, y por último, el traje más propio, más adecuado, como si dijéramos, traje de circunstancias, esto es, el vestido con que debe visitarse el cementerio, y llorar sobre la tumba del muerto por quien se lleva el luto.

¡Pobres mujeres! Porque con las mujeres en particular es con quienes hablamos; ¡pobres mujeres, y cuán lastimosamente se trata de extraviar vuestros hermosos sentimientos! Vosotras, que tan bien sabéis sentir: vosotras, que tan bien sabéis amar; vosotras, para quienes la sencilla flor del recuerdo guarda sus más delicados perfumes; vosotras las que percibís las vibraciones del alma á través del estruendo de la marcha vertiginosa de las pasiones de nuestro siglo; vosotras, sin embargo, cuando se trata de rendir un tributo á la vanidad, olvidáis vuestro corazón, relegándolo al fondo de un armario, en compañía de los trajes que se han hecho antiguos; vosotras hacéis que callen los ayes del alma y los suspiros del sentimiento; y al mismo tiempo que llorais al muerto querido, sonreís á vuestra

propia imágen, que mirais en el espejo por entre el velo de las lágrimas.

Para algunas, para muchas, quizá, de esas hermosas enlutadas que vemos cruzar diariamente las calles, vistiendo lujosos y recargados atavíos, suponemos que tales trajes serán un cilicio; pero no se atreven á oponerse á los decretos de la moda adoptando la sencillez, que estaría más en conformidad, más en armonía con su dolor.

Nosotros creemos que hacen mal. En esto, y solo en esto, preferiríamos verlas imitar á los pueblos menos civilizados, que manifiestan la intensidad de su dolor en la sencillez de su vestido de luto; porque los muertos en sus tumbas deben sonreir con dolorosa ironía, al mirar esas viudas tan llenas de lazos, flecos, volantes, collares y brazaletes, que lloran inconsolables, pero vestidas de fiesta, el roto lazo de sus amores; esas huérfanas, esas hermanas cariñosas, que arrastran sobre la tierra de las tumbas sus empavesados atavíos. Solo un traje de luto, como solo un dolor, se ha conservado sencillo, severo, frío: EL LUTO DE LAS MADRES.

En el corazón de las madres que han perdido á las prendas de su cariño, no cabe el consuelo, ni el olvido; por eso en sus trajes

de luto, no tienen cabida los caprichos de la moda, ni es posible que con ellos paguen ese oneroso tributo á la vanidad ni á la coquetería; y lo repetimos, si el luto ha de ser en el vestido fiel interpretacion del dolor del alma, debe parecerse al luto de las madres.

EL NARRADOR.

«Yo soy, yo soy la mandrágora bella que canto al nuevo día.» (Cárlos Dickens.)

¿Quién no conoce los preciosos cuentos de Cárlos Dickens, de Cárlos Nodier, y del fantástico Hoffmann? Traducidos á todas las lenguas, han hecho durante muchos años las delicias de las tertulias aristocráticas de todas las pequeñas ciudades de provincia; pues donde quiera que llegaba un periódico, allí, alojados en lo que en el lenguaje de redacción se llama *el cuarto bajo*, ó sea el folletin, llegaban tambien los cuentos, y con ellos el solaz de la familia y de los amigos. *Las campanas*, *El hombre de arena*, *El grillo del hogar*, *La cena de la noche de Reyes*, *El fabricante de muñecas*, *La Mandrágora roja*, *La Hada de las migajas*, y otros muchos, cuyos títulos no recordamos ahora, son tan sencillos, tan morales y al mismo tiempo tan de-

ticadamente poéticos, que su encanto se extiende á todas las inteligencias, cautivando lo mismo la atención del niño revoltoso, que la del hombre grave y pensador y la del achacoso anciano. Muy de veras hemos envidiado siempre á los que poseen el talento especial de cultivar con acierto este ramo de la literatura, tan difícil en realidad, y al parecer tan fácil y sencillo, y no solamente hemos envidiado al escritor de cuentos, sino también al simple narrador, pues hasta para serlo se necesita un don especial que no todos poseen. *El narrador* es un tipo que está condenado á desaparecer quizá muy pronto, y por eso nosotros, que somos un tanto observadores, y un poco aficionados á lo que vá pasando, siquiera sea un síntoma fatal que nos delate, poniendo de manifiesto la larga fecha que cuenta nuestra fé de bautismo, hemos sentido hoy el deseo de pintar á grandes rasgos este tipo original, y pintarle, si nos es posible, en el pleno ejercicio de sus funciones.

Antes de comenzar, diremos parodiando una frase de Victor Hugo: *Esto matará á aquello*. Los cuentos bien escritos primero, y los medianamente escritos despues, han venido á desterrar de entre nosotros al nar-

rador: este es un síntoma de civilización, del cual nos congratulamos sinceramente; pero desearíamos que todos los que escriben cuentos populares, poseyeran ese don especial de que se hallaron dotados los autores que antes hemos citado, para que el resultado fuera plenamente satisfactorio. Ahora volvamos á nuestro plan primitivo.

El narrador no tiene sexo; lo mismo puede ser hombre que mujer, pero de cualquier manera debe ser anciano. No se comprenderá un narrador joven; sería un contrasentido, una monstruosidad, un anacronismo.

Para encontrar nuestro tipo, preciso será retroceder algunos años, y trasladarnos á los pueblos labradores de Castilla y Aragon en las largas y frias noches de invierno, y entrar por sorpresa en algunas de las muchas casas de labranza en donde, reunidas en fraternal confusión de clases y categorías, encontremos á todas, ó la mayor parte de las personas del pueblo entregadas al trabajo, ya esperando la hora de la cena, ó bien despues de verificada aquella, haciendo tiempo para que llegue el momento de retirarse á descansar de las fatigas del dia.

En los pueblos fabriles en donde existen talleres de hilados, tejidos ó cualquiera otra

clase de manufactura, inútil sería buscar al narrador, porque el ruido de los tornos y los telares le espanta y hace que huya. En los talleres el canto sustituye á la narracion, y alegres coros, en donde se mezclan y confunden las voces graves de los hombres con las frescas y sonoras de las mujeres y los niños, sirven de solaz para ahuyentar el tédio y aligerar el trabajo. Cuando todavía la música coral no se habia generalizado, ya, sin embargo, y por una especie de intuicion, se cantaba á coro en las fábricas y talleres; pero en las aldeas puramente agrícolas, allí en donde la nieve cubre con blanco sudario las casas y los campos, borrando los caminos, y dejando muchas veces incomunicados entre sí á los vecinos de una misma calle, el recurso supremo, la distraccion por excelencia, la panacea de todos los males morales, y hasta físicos, es el narrador. El narrador no es el cura, ni el médico; tampoco es el boticario, ni mucho menos el alcalde ó el secretario de Ayuntamiento; es simplemente *El narrador*, el niño mimado del pueblo, al que todo se le permite, al que se cede el asiento más próximo al fuego, al primero que se le dá de beber; en una palabra, el ídolo de todos, al que todos quieren y respetan, y con el que na-

die se incomoda ni busca querella jamás.

Como un rey en su trono, el narrador dicta leyes, impone condiciones, reclama con voz breve é imperiosa silencio, y nadie osa respirar; pide un vaso de agua, y diez personas se levantan á servirle; se queja de dolor de muelas ó de cabeza, y le ofrecen veinte remedios en un minuto; se enoja, y todos tratan de serenarle. En suma, goza de más prerogativas que el amo de la casa, y manda en ella con omnímada autoridad, pudiendo pegar al perro, incomodar al gato que duerme á sus piés, y reñir y apostrofar á chicos y grandes, si osan respirar fuerte cuando él no quiera permitirlo, lanzando estas terribles palabras: «*Ó callais, ó no sigo.*»

Sentado junto al hogar bajo el ennegrecido dosel de la vieja chimenea, recordamos haberle visto en nuestra infancia representado en la persona de un viejo soldado que habia luchado heroicamente en la guerra de la Independencia. Tres ó cuatro veces habia estado prisionero, y otras tantas logrado escaparse casi milagrosamente, volviendo á sus filas á pelear por su patria. ¡Válganos Dios y qué de cuentos maravillosos le oímos! ¡Qué de aventuras y batallas! ¡Cómo sabia cautivar la atención de todos refiriendo los dife-

rentes usos y costumbres de los países que habia recorrido! Con prodigiosa lucidez recordaba las narraciones y cuentos que, á su vez, habia oido, cuando en derredor de una hoguera vivaqueaba con su regimiento, acampado en medio de un bosque ó en la falda de una colina. Y era de ver la atencion con que todos escuchábamos ya el cuento, ya las peripecias del combate, en el que habia tomado parte el narrador, conmoviéndonos con sus peligros, y aplaudiendo con el gesto y con la voz, cuando burlando la vigilancia del enemigo, salia victorioso y salvo de ellos. Más fama alcanzó el tío Luis—que tal era su nombre—como *narrador* en la pequeña villa castellana en donde vivia retirado, que algunos de los generales de aquella misma guerra, cuyas peripecias nos referia, mezcladas y amalgamadas con sus propias aventuras y sus cuentos.

Ese tipo que hoy vá siendo ya raro, se reproducia entonces con frecuencia. En otra parte conocimos una anciana que poseia en tan alto grado la cualidad de *narradora*, que jamás la oimos repetir un mismo cuento dos veces, á pesar de que la tratamos muchos años, y que diariamente, durante el invierno, desempeñaba junto al fuego del hogar de la

casa de nuestro padrino, las funciones de narradora, para entretener y moderar el eterno movimiento de los niños, que allí nos reuníamos en número de ocho ó diez, desde seis á catorce ó quince años. La madre Santos ó mejor la tia Mari-Santos, como nosotros la llamábamos, sabia cuentos de todo género, desde los que hacen llorar á chicos y grandes, hasta los que, como vulgarmente se dice, hacen desternillar de risa. Cuentos de *Reyes*, de *Enamorados*, de *Princesas encantadas*, de *Aparecidos*, de *Duendes* y *brujas*, de *Pastores*, de *Bobos*, *El pájaro verde*, *La fuente que habla*, *Las tres hijas de la reina*, *La polvorerita*, *Las Peñas de San Pedro*, *Los bueyes blancos y los bueyes negros*, *El espejo de plata*, *La sortija encantada*. En fin, sería cosa de no acabar en mucho tiempo, si hubiéramos de citar aquí el título de todos los cuentos que recordamos haberla oído; después hemos encontrado en el teatro el argumento de muchos, tales como *La puerca cenicienta*, *La Urraca ladrona*, y *Las mujeres de Barba azul*.

El narrador en la aldea era, según hemos dicho, el remedio moral y hasta físico de algunas dolencias no poco peligrosas, tales como el aburrimiento. Mientras el narrador

hablaba, las mujeres trabajaban, los hombres descansaban de las fatigas del día, y los niños estaban distraídos; dando al propio tiempo ocupación á sus infantiles inteligencias que procuraban comprender lo que decía. En la ciudad, en la tertulia modesta de la clase media, y en el hogar del artesano, desempeñaban el papel que hoy está á cargo de las novelas por entregas, ó del folletín del periódico. No negamos que esto sea mejor, *cuando lo es*, y por eso deseáramos para los escritores de cuentos populares las dotes de que hablamos al comenzar, porque *esto matará á aquello*; pues si aún existen narradores, será fuerza irles á buscar muy lejos, en la cubierta de los buques de vela, en donde, reunidos los viejos marineros, escuchan en silencio al anciano contramaestre, alguna oscura leyenda, ó las maravillosas aventuras ocurridas los encantados palacios de las sirenas que habitan el fondo de los mares. El narrador del buque es un individuo de la especie, pero más embrionario y más difícil de caracterizar. Este no desaparecerá quizá tan pronto, pero no está su estudio al alcance de todos. Situado entre el cielo y el abismo, el marino está más cerca del infinito que el resto de los hombres: otras son sus

aspiraciones; otros sus deseos; más firme su fé, más sencillas sus costumbres, y por un extraño contraste, él, que vé todos los dias la grandeza de lo ilimitado en la extension y las profundidades del mar, se conforma y goza con las cosas pequeñas, y escucha con mudo recogimiento las toscas narraciones, hallando en ellas solaz y entretenimiento. El hombre, como ha dicho no sabemos quién, es y será siempre un *niño grande*, al que puede distraérsele con un cuento.



LOS PENITENTES.

COSTUMBRES CASTELLANAS.

I.

Las fiestas religiosas son, en general, las costumbres que más caracterizan y distinguen entre sí unos pueblos de otros, aun dentro de una misma provincia, y una provincia de otra en una misma nación. En España, muy particularmente, no hay dos provincias, por muy próximas que estén entre sí, que no se diferencien de una manera notable en este asunto. Aragon, Valencia y Cataluña, por más que se toquen por varios puntos sus territorios, en nada se parecen en usos y costumbres; lo propio sucede con las provincias andaluzas, é idéntico es lo que pasa en las dos Castillas. A primera vista, aun pudiera creerse que hay en algunos detalles remoto parecido; pero estudiando despacio esa fisonomía especial, con todos sus

rasgos característicos, se comprende que el parecido es tan insignificante, que no puede tenerse en cuenta, al describir las costumbres, para trazar un boceto. En las fiestas religiosas que no son patronímicas, sino que se refieren á festividades que toda la Iglesia celebra igualmente, pudiera suponerse que debería reinar cierta uniformidad y, sin embargo, no es así; por lo tanto, calcúlese cuánto menor será tratándose de fiestas particulares de cada pueblo, ó sean patronímicas, en las que, fuera de lo que prescriben los cánones, en todos los demás detalles gozan las cofradías ó hermandades de omnímoda libertad.

Las procesiones, las danzas, los fuegos artificiales, las músicas, las fogatas ú hogueras, los gigantones, los angelitos, y el ornato de plazas y calles á capricho, y sin sujecion á regla alguna, caracterizan en todos y en cada uno de los pueblos de España las funciones religiosas, dándolas un sello especial; pero aún, como antes decimos, en las fiestas de oficio, en las que la Iglesia en general conmemora un asunto dado, la influencia de las costumbres especiales de cada pueblo se deja sentir, dándoles un carácter que les es propio. Esto sucede en Palencia con los penitentes en la procesion del Santo Enterro.

II.

La procesion del Santo Entierro se verifica en Palencia con una solemnidad que apenas se concibe no viéndola, y que la costumbre de verla no la mengua en nada. De todos los pueblos de la provincia y hasta de Valladolid, ciudad de mucha mayor importancia que Palencia, acuden miles de forasteros á presenciar dicha procesion, y todo esto tiene por causa los penitentes.

Cierto que la procesion es magnífica, que la capilla de música de la catedral es de primer órden, y que las cofradías que tienen el derecho de asistir á ella, rivalizan en deseos de darla esplendor y lucimiento; pero todo esto no conseguiria el resultado que consiguen *los penitentes*. Las imágenes que constituyen el cuerpo principal de la procesion, son solamente dos. *El Santo Sepulcro* y una imagen de la Virgen de la Soledad. El resto son estandartes en representacion de las cofradías, llevados por el mayordomo y los alcaldes de cada una respectivamente. De suerte que, aun siendo éstos en número de 15 ó 20, la procesion no podria tener las proporciones colosales que tiene, á no ser *por los peniten-*

tes, ni duraria tampoco las tres largas horas que dura, sin la circunstancia de marchar tan despacio por causa tambien de *los penitentes*.

Ahora, vean nuestros lectores lo que son los penitentes en la procesion del Santo Entierro que se verifica en Palencia, de siete de la tarde á diez de la noche, en la del Viérnes Santo, indefectiblemente, y haga el tiempo que quiera, lo mismo si está sereno y frio, como si las nubes descargan agua á torrentes ó la nieve blanquea las calles, pues más de una vez ha ocurrido esto último.

Los *penitentes* se dividen en dos clases: negros y blancos, y pertenecen á ambos sexos, vistiéndose indistintamente de uno ú otro color hombres y mujeres. El traje de los penitentes consiste: el de los negros en una larga túnica de sayal negro, ceñida al cuerpo por un cordon de esparto, un pañuelo de seda negro ó un pedazo de tela de tejido claro que permita distinguir los objetos y sirva para cubrir el rostro, y sobre él, ceñida á la cabeza, una corona de zarzas, en un todo parecida á la que los escultores ponen sobre la cabeza de Jesús; los piés descalzos en absoluto, y sobre el hombro una cruz, más ó menos pesada, segun las fuerzas de cada uno.

Los blancos, que por regla general son mujeres, visten una túnica blanca de lana ó lino, ceñida, como la de los negros, por un cordel, y sobre la cabeza un pañuelo de tejido claro y la corona de espinas.

Las mujeres llevan suelto el cabello, que en algunas es tan largo y abundante que forma una segunda túnica oscura sobre la blanca de penitente. Esta circunstancia, y la pequeñez de los piés, que, lo mismo que los hombres, los llevan desnudos, las da á conocer bajo su traje; mas aquí cesa la diferencia.

Todos los años salen acompañando al Santo Entierro de ochenta á cien penitentes de ambos sexos; es probable que muchos de ellos salgan varios años seguidos; pero jamás se ha dado el caso de citar un nombre, ni hacer una conjetura. Se dice muy bajito que las jóvenes que se visten de penitentes lo hacen para hallar la absolucion de ciertas faltas; mas si se habla de pecado, nadie quiere saber el nombre de la pecadora. Segun antes hemos dicho, todos los años acuden á Palencia en el dia de Viernes Santo miles de forasteros de la provincia, que no llevan otro objeto que ver la procesion del Santo Entierro, ó más bien á los penitentes, sin que

jamás se haya dado el caso de haber alboroto, ni desafuero, como ocurre en otras fiestas. Los penitentes imponen, con sus encillez, mesura y recogimiento, profundo respeto aún en las personas menos timoratas.

III.

Hemos dicho al comenzar que las fiestas religiosas, con carácter de populares, son las que marcan con particularidad la fisonomía de cada pueblo, haciendo que se diferencien entre sí más de lo que á primera vista parece, y esto es tanto más cierto, cuanto que las fiestas religiosas, siendo unas, no pueden distinguirse sino por los detalles. Los que acabamos de dar de la procesion del Santo Entierro, son los que diferencian esta solemnidad, en Palencia, de la de otras ciudades, en las que, sin embargo, hay tambien la costumbre de que asistan penitentes negros y blancos. En Salamanca, por ejemplo, asisten á la procesion del Entierro de Cristo, penitentes negros, pero todo el mundo sabe que son los hermanos de la cofradía de Jesús Nazareno.

En Valladolid se visten de penitentes para la misma procesion los hermanos cofrades

del Santo Hospital. En Zamora, los penitentes, son los cofrades de Nuestra Señora de la Caridad, y el traje se compone de túnica azul, capucha blanca y corona de espinas.

En Segovia, lo mismo que en Salamanca, los penitentes son los cofrades de Jesús Nazareno, es decir, personas que toda la población conoce por su nombre, apellido y profesión; pero el misterio, la poesía, digámoslo así, que encierra la circunstancia de ignorarlo todo, el adivinar bajo aquella blanca túnica, las formas delicadas de una mujer, de una jóven, y á veces de una niña; aquellos piés desnudos, pisando el lodo y la nieve, aquel recogimiento austero é imponente, singulariza de tal manera la procesion del Santo Entierro en la ciudad de que hablamos, que en nada se asemeja á las que se verifican en el resto de Castilla, y mil veces pintores y escultores la han reproducido con el lápiz y el cincel.

No hace muchos años, un periódico ilustrado de esta córte dió un magnífico grabado representando *La procesion de Viernes Santo en Palencia* con tódos sus detalles, y se vendieron miles de ejemplares: tanto llamó la atencion. La procesion de los penitentes, por la forma en que se verifica, constituye, por

si sola, un rasgo característico que revela esa severa reserva del castellano viejo, ese respeto que le merecen sus tradicionales costumbres populares; respeto que ha resistido á todas las innovaciones, sin que por eso se crea que es refractorio al progreso ni á la libertad; pero segun ya se ha visto, el castellano no confunde la libertad con el libertinaje. El cuidado que pone en no levantar ni la más lijera punta del misterioso velo que envuelve en los penitentes á séres que cumplen un voto, expian una falta, ó llenan un deber de conciencia, escudados con la egida de la religion, recuerda á los antiguos caballeros y tiene algo de los Pulgares y Carvajales, así como las costumbres castellananas son todavía un reflejo de las caballerescas tradiciones de la Edad media.

LOS BAILES PÚBLICOS.

En un espacio de medio siglo ciertas costumbres han variado en España casi por completo, y desgraciadamente no para mejorar, sino para todo lo contrario.

Es ley ineludible del progreso que, á su benéfica sombra, hayan de crecer y desarrollarse al lado de las plantas salutíferas, de los adelantos útiles, y del árbol frondoso de la libertad, otra porcion de arbustos perniciosos de amargo y dañino fruto.

Si esto no sucediera, nuestra marcha hácia la perfeccion seria mucho más rápida y segura; pero sujetos á la dura ley de las compensaciones, hemos de sufrir fatalmente sus consecuencias. Sin embargo, en España puede observarse que, por una incomprensible fatalidad, cuando tomamos de otra nacion alguna cosa, no empezamos nunca por lo mejor, y por lo tanto hacemos más dura esa

ley, porque á veces nos limitamos á copiar las sombras del cuadro, olvidando las figuras brillantes y la riqueza del colorido: en una palabra, tomamos lo malo dejando lo bueno.

Desde que España cesó de imponer leyes; desde que no fueron ya nuestras Universidades las primeras de Europa, nuestros caballeros los más galantes, y nuestras costumbres las más cultas; desde que no fué necesario venir á nosotros, nosotros fuimos á ellos; y como ya no nos copian, nos vemos en la necesidad de copiarlos, y de aquí resultan no pocos extravíos de gusto, y hasta de inmoralidad.

Las reflexiones que anteceden nos han sugerido la idea de hacer un ligero estudio de costumbres con el epígrafe de *Bailes públicos*, trazando un cuadro, tan acabado como nos sea posible, de lo que eran estos bailes hace algunos años, y de lo que son hoy que están sujetos á la moda importada de Francia, de donde nos creemos en el deber de imitarlo todo.

AYER.

I.

No vamos ahora á trazar la historia del

baile, por más que fuera sumamente curiosa. La costumbre de las danzas públicas se pierde en la noche de los tiempos, y las variaciones que han sufrido son infinitamente numerosas, así como la aplicación que de ellas se ha hecho; pero de todos modos resulta que es una demostración de alegría, un medio de solaz, y como tal, permitido y respetable, en tanto que el abuso no lo convierte en foco de inmoralidad y motivo de perturbación social.

Los bailes públicos son generales en todos los pueblos de España, por lo que, descrito el de una localidad, puede tenerse idea de todos, á lo menos en el sentido que nosotros vamos á tratar este ligero estudio. Veamos, pues, lo que eran hace veinticinco años, y lo que son hoy, gracias, según hemos dicho antes, á nuestro prurito de copiarlo todo.

II.

Madrid, á pesar de su poco poética situación topográfica, tenía hace algunos años para bailes públicos salones á cielo abierto, que han dejado fama y recuerdo en la memoria de más de una generación de alcarreñas y asturianas. La Fuente de la Teja, la Vir-

gen del Puerto, la Pradera del Corregidor, la Pradera de Guardias, el Alto de las Ventas y la Fuente de la Dorotea, eran otros tantos templos en donde se rendia ferviente culto á *Terpsícore*, por más que ninguno de sus adeptos supiera quién fuese esta divinidad mitológica.

El inimitable Mesonero Romanos, con su gráfica pluma, nos ha dejado descripciones acabadísimas de estos sitios y de estos bailes, y aún mucho antes que él, D. Francisco de Quevedo, y otros escritores de su siglo, hablaron ya de ellos en libros y comedias, valiéndose de este recurso para dar más colorido local á las escenas que pintaban, y en verdad que el asunto lo merecia.

Cualquiera de los sitios mencionados, por ejemplo, la Pradera del Corregidor, ó la Fuente de la Dorotea, ofrecian en la tarde de un dia festivo un aspecto originalísimo y digno de ser estudiado. Doscientas ó trescientas criadas de todos los tipos y de todas las edades, desde la niñera de doce á catorce años, hasta el ama de gobierno de cuarenta y cinco, se veian allí reunidas en animada confusion.

Otros tantos hombres, ó quizá en mayor número, acudian al mismo punto. Criados,

militares, horteras, aguadores y artesanos de todos los oficios, iban al baile dominguero á buscar el olvido de las fatigas de seis dias de trabajo, fatigándose más; pero el caso era divertirse, «haber ido á bailar.» La gaita gallega, la zampona asturiana, la dulzaina zamorana, el tamboril y la histórica guitarra formaban la orquesta, y nunca faltaban entre los concurrentes algunas tiples y algunos tenores que, llevando la parte cantante, completaban la armonía, y daban vida al conjunto musical. Excusado nos parece añadir que de estas *soirées* al aire libre estaban deserrados los bailes extranjeros.

La polka, la mazurka, el rigodon, el schottick y hasta el vertiginoso wals, eran desconocidos por aquella anti-aristocrática concurrencia, y solo las tradicionales «manchegas,» la «jota,» y el bullicioso «fandango,» tenían entrada en aquellos abiertos salones.

Con la verde yerba por alfombra, y el cielo por techumbre, la abigarrada concurrencia entregábase sin descanso al placer todo el tiempo que tardaba en extinguirse el dia, único alumbrado que les era permitido usar por la excesiva magnitud del local, que no tenia otros límites que la voluntad de los asistentes.

No era menos pintoresco el marco que el cuadro: ambas cosas llamaban poderosamente la atención del observador. A lo variado de los tipos añádiase la variación pintoresca de los trajes. La moda, menos exigente, ó menos generalizada que hoy, no había invadido los dominios del pueblo, tan en absoluto, que no permitiera distinguir una valenciana de una alcarreña, ni un aragonés de un gallego. Si precisamente no vestía cada uno el traje de su país, á lo menos conservaba algo característico que le hacía diferenciarse de los demás. Los colores chillones y vivos estaban en mayoría en el atavío de las mujeres, y eso mismo, que tan desagradable es á la vista cuando se mira aisladamente, en conjunto tiene su atractivo, pues parece como una manifestación externa de alegría. El ruido, la algazara, el movimiento no lograban perderse en el espacio, y aun de lejos aturdió; tan atronador era en algunos momentos.

Formado el conjunto del baile de diferentes grupos aislados entre sí, puede decirse que eran, y lo eran en efecto, varios bailes en uno. Aquí una docena de parejas se agitaban furiosamente bailando las históricas «manchegas,» al son de una ó dos guitarras y al compás de las castañuelas. Mil lazos,

vueltas, giras y saltos, mareaban al que fijaba su vista en los bailarines, y á estos les sacaban los colores; pero sin darse por vencidos hasta perder el aliento.

Más allá, al monótono lamento de la dulzaina, los castellanos bailaban una «jota,» tan desfigurada, que los aragoneses se reían de ellos en sus barbas, promoviendo estas risas no pocas disputas y aun algo más. A la derecha, la gaita gallega y la zampoña asturiana, ponían en movimiento á los nobles hijos de Pelayo y de Santiago que, por esta vez, consentían en confundirse en un mismo corro, y cogidos de las manos ellas y ellos, giraban en melancólico é interminable compás, interrumpido de vez en cuando, para lanzar todos á una vez el grito de ¡viva Pravia! ¡viva Rivadeu!

A la izquierda el tamboril y la flauta rústica (tan rústica y primitiva que el mismo dios Pan la reconocería, si sus sonidos llegaran hasta él) daba vida á una zambra compuesta de algo que no era ni castellano, ni árabe, pero que tenía de las dos cosas. Las parejas bailaban al son de esta música extraña, ora el fandango, ora la jota, ó las malagueñas, variando á cada estancia, y formando un *potpourri* de giros y evoluciones capaz

de producir el mareo en una cabeza de granito. Más léjos la guitarra y los hierros animaban otro grupo con las boleras y la jota valenciana, y todo con viveza y animado compás, acompañado de risas alegres, de voces sonoras, de dichos picantes, de piropos atrevidos, de epigramas saturados de sal y pimienta; y es que habia andaluces entre los bailarines, y sobre todo entre los mirones.

Los mirones: este tipo merece descripcion aparte; es la tinta más saliente del cuadro. En los bailes públicos hay siempre un contingente numerosísimo de *mirones*, compuesto de feos, que no bailan, por no tener con quién, y de hombres que no quieren bailar. Las primeras critican sin piedad el traje, el peinado, el rostro, la gracia, la desenvoltura ó el recato de las que bailan, encontrándolo todo malo, todo detestable, mientras los segundos se burlan, en su interior, de los bailarines, y miran intencionadamente á las bailarinas: son la salsa de la fiesta. Sin los *mirones*, el baile público moriria por consuncion, por anémia. Las disputas, los palos, los gritos y demás accesorios que completan la diversion, les pertenecen de derecho, y no se concibe cómo podria subsistir un baile en el que no hubiese esta es-

pecie de comparsas. Los diálogos sostenidos por mirones y mironas, y que suelen terminar como el célebre rosario de la aurora, son poco más ó menos como sigue:

—Mira, chica, dice una mirona á su compañera: mira qué pié, y, sobre todo, ¡qué zapato! ¡parece un falucho!

—Sí que es grande, añade la otra, resguardando los suyos bajo las faldas, lo que prueba que teme la comparacion.

—Las medias no tienen nada de blancas.

—Pues ¿y los bajos? contesta la interpelada.

—Las enaguas están de luto.

—Es que vale cara el agua.

—Apenas si salta esa pareja: si se descuidan...

—¡¡Ya!!

.....
—¿Me dice V. la hora, compadre?

—¡Yo!

—Sí, V.

—¡Hombre! si mi reloj se vé por papeleta como los sitios reales.

—Pues dispense y mande.

.....
—¿Me cede V. su pareja?

—No, señor; ¿por qué lo decia V.?

—Por nada, hombre, por nada. No sofo-
carse, *que se suena* que hay viruelas.

—Lo que van á sonar van á ser bofetadas.

—¿Dónde entierra V. los que mata?

—Me los como.

.....
—¡Bravo! ¡bien! ¡viva el valiente!

—Compadre, ¡encontró V. al maestro! ex-
clamaban veinte voces á la vez.

—¡Calle el guason!

—Sí, que se asustan las damas.

.....
—Mira, mira aquella rubia, que se pone
mala para que la mime el cabo de gastado-
res, que es su novio.

—Oiga V., señora: el cabo no es su novio,
que es su primo.

—¡Su primo! Sí; ya sabemos lo que son
los tales primos.

—Lo que yo sé es que tiene V. mala len-
gua.

—¿Yo?

—Sí, V.; bien he oído lo que ha dicho an-
tes: que si la otra tenía ó no las enaguas su-
cias.

—¿Quién ha dicho eso de mi paisana? ex-
clama el guapo que se comía los muertos.

—Esta señora...

—Escuche V., cielo estrellao (la tal era pe- cosa de viruelas): mi paisana tiene más lim- pias las enaguas que otras la cara.

—¡Ya! Lo habrá V. visto cuando tanto lo afirma...

—¡Si no fuera V. hembra!

—Pues aquí estoy yo que soy varon: ¿quie- re V. algo?

La cuestion se acalora, las réplicas se su- ceden, los puños hacen su oficio, las mujeres gritan, los perros ladran, los chiquillos llo- ran, los guasones silban, la música sigue entretanto lanzando sus acordes, *las miro- nas*, promovedoras de la reyerta, se esca- bullen, y termina la disputa en este extremo, mientras comienza otra á cien pasos más allá.

III.

Volvamos ahora al conjunto general. Los bailes públicos de ayer tenían también su *buffet*: la fuente de la Dorotea, ó la de la Teja, suministraban el refresco, y los vende- dores ambulantes de naranjas, altramuces, chufas, manzanas, piñones, avellanas, pan de higos, limas dulces, barquillos y meren-

gues, hacian el gasto de las golosinas, haciendo ellos, á la vez, su agosto.

El cuadro era animadísimo: risas alegres, voces discordantes, notás musicales agudas y chillonas, movimiento, ruido, algazara, cuatro ó cinco horas, en fin, de locura, de vértigo; y despues cada cual desfilaba por su lado, y hasta otro dia. Raro era entonces que de tales diversiones saliese un verdadero escándalo, ni una reyerta de graves consecuencias; reduciéndose todo á disputas como la que hemos trazado más arriba, que solian terminar en una grita, ó, cuando más, en algunos mojicones, que alcanzaban, no pocas veces, á los espectadores pacíficos, dejando ilesos á los culpables. La policia no hallaba ocasion de intervenir, pues nadie queria cuentas con ella. La vista de un *quindilla*, como entonces se llamaba á sus agentes, era, en las reyertas, lo que una gota de agua fria en la leche hirviendo, ó lo que un perro en una bandada de gallinas; bastaba para apaciguar los ánimos y dispersar los grupos.

Durante muchos años, estos solo fueron los bailes públicos que hubo, tanto en Madrid como en el resto de España, sobre todo en las grandes capitales. Nadie, á excepcion de los ciegos que tocaban las guitarras y ban-

durrias y los gaiteros, habia pensado en especular con las aficiones coreográficas del pueblo. El campo era de todos, y todos iban á él á solazarse.

La primavera se encargaba de renovar la alfombra todos los años, y el sol hacía el gasto del alumbrado. Además, ya lo hemos dicho; naranjas y panales formaban el *buffet*; los hombres solian extraviarse hácia algun ventorrillo inmediato; pero no las mujeres. Hoy las cosas han cambiado por completo. Veamos en qué sentido.

HOY.

IV.

El Ramillete, El Pensamiento, La Camelia, El Heliotropo: hé aquí los nombres tomados del reino de *Flora* para los salones de bailes públicos en nuestros dias.

Tambien la mitología ha prestado su contingente; y *Terpsicore, Minerva, Apolo y Euterpe* le pertenecen de derecho, así como á la literatura *Rigoletto, Fausto y El Trovador*, y *La Filarmónica* á la música. A la historia se la ha tomado un nombre, el de la *Alhambra*, y por último, ni áun los elementos se han

visto libres de pagar contribucion, puesto que existe un local con el poético título de *La Brisa*.

Remedos estos bailes de los de *Mabille* y *Chateau l'Fleur*, de donde están imitados, tienen todos sus inconvenientes, sin alcanzar ninguna de sus ventajas, si ventajas puede haber en aquellòs. Para que no se nos tache de pesimistas, enumeraremos las segundas que, cuando más, pueden consistir en que algunos pobres músicos ganen precariamente su pan, matándose á trabajar seis ó siete horas los dias de baile, y tres ó cuatro los de *academia*: el dueño de un café y un confitero, que se encargan de envenenar legalmente á unos cuantos centenares de personas, sin hacerse por eso ricos; y por último, la utilidad que, al cabo del año, pueda encontrar el comercio en la expencion de alfombras, velas de esperma ó alumbrado de petróleo, banquetas, espejos, farolillos de papel, guirnaldas de flores de idem, y demás utensilios, y parte componente que entran en el adorno y *confort* del local. Una ó dos *Celestinas* están encargadas en cada salon del cuidado del *tocador*, y dos *matones*, dignos compañeros de aquellas, desempeñan el oficio de guardianes en el *guarda-ropa*.

Esto, con más algunos exiguos jornales, ganados por los bastoneros y mozos de limpieza, representan las ventajas materiales de la innovacion introducida en los bailes públicos.

Veamos ahora los inconvenientes y su lado *bello* bajo el punto de vista del arte.

v.

Como puede comprenderse, en ninguna calle tranquila es permitido un establecimiento de esta clase, pues nadie quiere tener tan ruidosa vecindad. Por lo tanto, los salones de baile están situados en plazuelas y calles extraviadas, y algunos extramuros de la poblacion. Por punto general, estos salones se improvisan en casas arruinadas, ó poco menos, cuyos pisos bajos, cuadras, patios y cocheras, se reunen derribando tabiques, igualando el suelo, y cubriendo las húmedas y viscosas paredes con un papel pintado, de gusto detestable y de ínfimo precio. Algunos espejos y varias arañas de cristal, ó aparatos de alumbrado de petróleo, que han servido ya en cafés ó teatros de tercer órden, forman el decorado, en compañía de una banquetta corrida, situada á lo largo de las paredes.

En los salones más aristocráticos, una alfombra de fieltro, de colores chillones, cubre el piso terrizo y húmedo: en cuanto á los de menor categoría, el suelo desnudo y medianamente enladrillado, es todo lo que se ofrece á los incansables piés de los concurrentes.

Detrás del local suele haber un patio convertido en jardín por la voluntad del empresario del baile, que ha hecho colocar, entre su desigual empedrado, media docena de plantas de alelíos amarillos, tres ó cuatro *bónibus* tísicos, dos docenas de tiestos, otras tantas púas de geranio y albahaca, lo que unido á dos ó tres árboles, en cuyos troncos sujetaban las antiguas vecinas de la casa las sogas para tender la ropa, completan la trasformacion, y justifican el pomposo título con que se ha bautizado al pobre patio.

El tocador, el guarda-ropa y el café-confitería, son problemas indescifrables, pues á punto fijo no puede decirse cuál es su posición topográfica. Biombos de lienzo pintado, y bastidores de madera cubiertos de papel, hacen el milagro de convertir en las citadas piezas los huecos de la que fué escalera ó cocina, y en cuanto á salones de descanso son innecesarios, porque los concurrentes no des-

cansan sino cuando se retiran definitivamente del baile.

Descrito, aunque muy á la ligera, el marco, pasemos al lienzo, que no son, por cierto, detalles lo que ha de faltarnos: en el verdadero *cuadro de género*, los detalles son más significativos que el conjunto; y un buen apreciador no perdona nunca la pérdida de uno solo. A veces, de un descuido resulta gran oscuridad en la composición.

Penetremos en un salón cualquiera, pues todos sirven igualmente para nuestro propósito.

Son las tres de la tarde, ó las nueve de la noche, porque, generalmente, tienen lugar dos sesiones en cada local, y á veces tres. Unos cuantos centenares de mujeres jóvenes, de quince á treinta años, acompañadas de otros tantos hombres, se agitan y revuelven en vertiginoso movimiento.

Al contrario de lo que acontecía en los bailes de *ayer*, solo las danzas extranjeras son admitidas en los de hoy. Nada de *jota*, ni de *manchegas*: el wals, la polka *intima*, la provocativa habanera y la voluptuosa danza, tienen el exclusivo privilegio de entrada. Las actitudes lascivas, las miradas cínicas y los dichos picantes, componen el conjunto

mímico y hablado de las conversaciones particulares, mientras la música con sus notas agudas, cubre su constante rumor.

Difícilmente podría describirse con propiedad de lenguaje y verdad de colorido toda la impudicia, todo el descoco é insolencia que se lee en el rostro de aquellas mujeres que, por su edad, solo debia revelar inocencia y candor. No trascibiremos aquí, como lo hicimos al tratar de los bailes de ayer, ninguno de los diálogos sostenidos entre bailarinas y bailarines, entre *mironas* y *mirones*, pues aun los menos salientes, lo serian demasiado.

Cuando el baile se encuentra en su período álgido, es decir, á las doce ó la una de la noche, el salon ofrece un aspecto originalísimo, pero nada edificante. Cada puerta, cada ventana, aseméjase á la boca de un infierno en miniatura, en el que nada falta; ni el humo que parte de los mecheros y de los cigarros, ni el color rojizo del alumbrado, que ilumina la escena á través de la brumosa atmósfera, cargada de vapores, espesa é irrespirable, ni los semblantes hoscos é inflamados por la agitación del baile, el calor, y no pocas veces por la cólera, ni los colores vivos y sombríos, formando extrañas y espantosas combinaciones.

Las mujeres, con el traje arrugado y descompuesto, el cabello en desorden, secos los labios, ronca la voz, insolente é impúdica la mirada, cansadas, soñolientas, presentan la verdadera imágen del desorden y la corrupción.

Los hombres, en cuyos semblantes son menos visibles los estragos del vicio, quizá no ofrecen tan repugnante aspecto en detalle, pero no es mejor el del conjunto. El cinismo en unos, la estupidez en otros, la lujuria en los más, la embriaguez en muchos, la cólera en no pocos: hé aquí lo que se lee en aquellos rostros, mientras los envuelve la viciada atmósfera del salon del baile público, al que han ido á buscar descanso y solaz un dia, para volver á sus ocupaciones al siguiente.

VI.

Para poder apreciar mejor la escena que ofrecemos al lector, le rogamos que, en uno de los últimos descansos, nos acompañe y penetre con nosotros en ese antro, en el que, como en *El infierno del Dante*, en una noche del Carnaval, cuando el baile es con trajes más ó menos modestos, más ó menos ricos,

se miran confundidos, girando en vertiginoso torbellino, todos los tipos, todos los pueblos, todas las edades; el polaco y la judía, la cantinera y el abate, el musulman y la beata, el ruso y la india malabar, el inglés y la andaluza, el gallego y la valenciana. Si sus oídos lo resisten; si no se rompe su tímpano al escuchar aquella infernal orgía de gritos, risas, voces discordantes, juramentos, frases súcias, chistes de mala ley, interjecciones, cantos, ayes y chillidos, podrá convencerse de que todo lo inmoral, todo lo repulsivo, se encuentra allí reunido, amalgamado y dispuesto para pervertir la juventud y extraviarla lastimosamente.

En los quince minutos que dura el descanso, se promueven cuatro ó cinco disputas: y no es extraño que un tiro de revolver, ó una puñalada aumente la confusión y el escándalo. Si esto no sucede, si la reyerta no se acalora demasiado, habrá por lo menos, dieterios, frases injuriosas, golpes dados y recibidos, ya de hombre á hombre, ya de hombre á mujer, ó bien se arañarán y maltratarán éstas entre sí.

Los celos y la embriaguez son, casi siempre, la causa principal de estas escenas, que no pocas veces terminan en terribles y san-

grientos dramas. El tocador, en cuya mesa se miraban poco antes la caja con los polvos de arroz, las pastillas de carmin, la bandolina, las horquillas, los peines, y el acerico lleno de alfileres para remediar en lo posible los desperfectos de los trajes femeninos, vése convertido de pronto en mesa de cirujía: el frasco del árnica, los trapos y las vendas reemplazan al carmin y los polvos, y todo es confusion y laberinto. La policía invade el local, las puertas se cierran, y el terror sombrío sucede á la orgía loca. Si la cosa queda en familia, si las heridas no son graves, y la justicia no interviene, la orquesta vuelve á sonar, y comienza de nuevo el baile hasta que las estrellas palidecen.

¿Y quiénes son los asistentes á dichos bailes? preguntará el lector. Pues son, respondemos nosotros, la mayor parte de las hijas del pueblo, costureras, modistas, guarnecedoras, criadas de servicio, lavanderas, planchadoras, floristas, todo un mundo, en fin, de juventud y de belleza, que en aquellos centros se consume y marchita. Y ellos son artesanos, sirvientes, militares rebajados, dependientes de comercio, en una palabra, la sávia, la vida, el calor de las grandes poblaciones. ¿Qué buscan en esas mal llamadas

diversiones públicas? Buscan solaz, descanso á las fatigas, expansion para el ánimo; y lejos de hallar algo de esto, encuentran la desmoralizacion más completa, y la pérdida segura de la salud, de la tranquilidad: el ocio convertido en hábito; el vicio en costumbre. Despues de varias faltas hechas en el taller ó en la casa de los amos, la sirvienta y el artesano se encuentran despedidos, sin trabajo, sin acomodo, y viene la penuria y la miseria con todas sus consecuencias.

Todo esto, y mucho más que callamos, es lo que hemos venido ganando con haber copiado de nuestros vecinos *los bailes públicos* para solaz del pueblo.

Si se formase una estadística minuciosa de lo que tales diversiones han aumentado la desmoralizacion en la juventud obrera de ambos sexos, y en el servicio doméstico, estamos seguros de que el resultado causaría verdadero pavor.

No se nos alcanza cuál debería ser el remedio más eficaz para extirpar este mal. La libertad y el progreso se oponen á que en los asuntos privados ejerzan las autoridades restriccion alguna; y únicamente cuando, en los citados bailes, ocurre un asesinato ó un escándalo de graves consecuencias, el local se

cierra de orden superior. Pero ¿qué sucede despues? Que el dueño de la empresa busca otro, le bautiza con otro nombre, y hasta que surja un nuevo escándalo, ó tenga lugar una nueva desgracia, queda asegurada la impunidad.

Los bailes públicos se han propagado en España en los últimos doce años con la rapidéz de la mala yerba. En 1855 solo habia en Madrid un salon, titulado *Las Delicias*, situado en el paseo del mismo nombre. En 1865 existian ya seis ó siete, repartidos en los barrios extremos, y por último, en la actualidad se cuentan veintitantos, habiendo muchos más que distritos.

En Barcelona, Valencia, Sevilla, Cádiz, Málaga, Córdoba, Valladolid, Palencia, Búrgos, y en fin, en casi todas las capitales de alguna importancia, ha cundido esta plaga social, llevando consigo la desmoralizacion á la juventud, los disgustos á las familias, el abandono al trabajo, la relajacion al servicio doméstico, y todos cuantos males hemos enumerado, y que antes eran totalmente desconocidos.

Véase, pues, si teníamos ó no razon cuando al comenzar este artículo decíamos que por una extraña fatalidad en España te-

nemos el prurito de copiar todo lo malo de otros pueblos, pronto y al pié de la letra, mientras que, en aquello en que nos llevan las naciones cultas ventajas positivas en todo lo que sea progreso, artes, ciencias, descubrimientos, en una palabra, civilizacion, andamos reacios marchando á la zaga.

Los males que lamentamos en las líneas anteriores, las sombras del cuadro que acabamos de trazar, desaparecerian en parte si nuestro pueblo estuviera más instruido, pues veria por sí mismo que no es en los bailes públicos, tal como acabamos de pintarlos, ni en las tabernas, ni en otros sitios inmundos, en donde se halla el descanso á las fatigas del cuerpo, ni el solaz para el espíritu, y le buscaria en diversiones más modestas, en sitios más cultos, en sociedad más honrosa.

LAS FERIAS DE MADRID.

Las férias son antiquísimas en todos los pueblos del mundo. En los tiempos patriarcales, antes que se estableciera el uso de la moneda, se conoció la necesidad de esas transacciones comerciales que, haciéndose por medio del cambio en especie, facilitaban á las tribus la satisfaccion de las necesidades de la vida, con relacion á los productos que cada cual obtenia por la porcion de tierra que le estaba destinada. En la Média y la Caldea donde, en los tiempos más remotos, el pastoreo era su principal, y hasta puede decirse su exclusiva ocupacion, la riqueza pública consistia en la variedad de ganados y en los productos que de ellos obtenian. La oveja, la vaca y el camello, les suministraban el alimento, el vestido, los medios de transporte, las pieles para fabricar las tiendas y las sandalias para el calzado: necesitaban, además,

del asno para labrar la tierra, y por lo tanto, el cange de unos animales por otros, de frutos y granos y de los pocos artefactos que poseian, se verificaba en las férias y mercados, á los que las tribus acudian á verificar los cambios y transacciones. La marcha progresiva de la civilizacion, aumentando las necesidades de la vida, aumentó tambien el medio de satisfacerlas, y las férias tomaron una grandísima importancia, no siendo ya las tribus, sino los pueblos, bastante apartados entre sí, los que se reunian en un punto dado para realizar la féria, ó sea el cambio, compra y venta de infinidad de artículos.

España es uno de los pueblos del globo que, de más antiguo, tuvo férias, puesto que las primeras se remontan á cerca de diez siglos antes de la era cristiana, siendo desde luego tan importantes, que excitaron la emulacion de naciones poderosísimas, entre otras la Fenicia. Los fenicios vinieron á las férias de Cádiz, llamada entonces Tarteso, y dejaron á cambio de aceite y otros efectos del país, preciosas mercancías, púrpuras de Tiro y mucha cantidad de oro y plata. Muy pronto las férias se extendieron á otros diferentes puntos de España.

Madrid es España; pero en punto á fé-rias ninguna semejanza tiene, ni creemos que haya tenido jamás, con las férias celebradas en cualquiera de los pueblos de la Península. Las férias de Madrid fueron siempre *sui generis*, y aun de esto vá quedando tan poco, que se necesita apelar á los recuerdos. Veamos, pues, si nos es posible trazar un mediano boceto de esto que fué, en su dia, un cuadro de costumbres.

No pretendemos que este cuadro sea gráfico, ni acabado. Para ello necesitaríamos poseer el pincel de Goya, ó la inimitable pluma del *Curioso parlante*; pero intentaremos, á lo menos, delinear algunos de sus rasgos más salientes.

Sin negar ninguna de las ventajas del progreso, y rindiendo un entusiasta culto á todo lo que sea marchar hácia adelante; aplaudiendo de todo corazon cuanto tienda al mejoramiento moral y material de la sociedad, y venerando las ideas nuevas, lo mismo que los nuevos descubrimientos, las nuevas producciones de la industria, y todo, en fin, cuando aspire á enaltecer y consolidar las conquistas de la civilizacion, no podemos menos, sin embargo, de dedicar una mirada de cariño, un suspiro de sentimiento

á cada una de esas viejas costumbres, con las que habíamos llegado á identificarnos. Permítasenos, pues, rendir este inocente tributo á lo que, al desaparecer, se lleva consigo parte de nuestra juventud, de nuestra vida.

Las férias de Madrid: ¿qué es lo que resta del animado cuadro que, hace algunos años aun tenia todo su colorido, todos sus gráficos detalles? Apenas algunos perfiles medio borrados, con los cuales, cerrando los ojos, y concentrando la memoria, procuraremos reconstruir algo que se parezca á lo que fué.

Para los que no conocen la córte, el sitio en que hoy se sitúa la féria importa poco que sea más ó menos céntrico ó extraviado, y para nuestro propósito tampoco es esencial la cuestion de sitio.

En las actuales férias se han introducido una porcion de géneros, como si dijéramos de contrabando, toda vez que son nuevos y han venido á quitarle á la féria uno de sus rasgos más característicos.

En la antigua, en la verdadera féria de Madrid, no tenia cabida nada que fuera nuevo, que no hubiera servido. Lo rico, lo suntuoso, lo magnífico, lo mismo que lo humilde, lo modesto, lo miserable, todos los objetos

que eran puestos á la venta en la f eria debian tener una hoja de servicios más   menos largos y honoríficos. Desde el lecho dorado hasta el catre de tijera pintado de verde; desde el traje de terciopelo de la gran señora hasta el modesto de aldeana, que alguna criada llevó   la prender a cuando abandon  *el pelo de la dehesa*, todo, lo repetimos, todo era usado.

El conjunto más extraño, más heterogéneo, formaba aquel mos ico abigarrado de colores chillones y discordantes, que herian la vista en el primer momento, pero atraian despues por su misma novedad. Algo queda aún, mas es tan poco, que preferimos, para llenar el artículo que hemos empezado, acudir más bien al pasado que al presente.

 Qu  son las f erias de Madrid? nos dirán aquellos que solo miran sin ver,   que solo ven lo que hiere sus pupilas materialmente; « qu  son las f erias de Madrid?» Un inmenso mercado de muebles viejos, de vestidos usados, de cuadros desvencijados, de lienzo sin marco y marcos sin lienzo, de espadas sin guarniciones y de guarniciones sin hojas; harapos informes, oropeles ennegrecidos por el tiempo y por la humedad; trozos de algo que fué, pero cuyo nombre, procedencia

y uso nadie se atrevería á señalar; uniformes de cuerpos militares y municipales, de los que ya nadie se acuerda; libros sin título, historias sin principio ni fin; obras de autores desconocidos, llenas de grabados y vacías de ideas; bastones de autoridad y grilletes de presidiario; láminas emborronadas con almagre y cobalto; retratos de damas jóvenes y hermosas, á las que un chusco ha pintado un par de bigotes de gastador; cornucopias y candelabros; herramientas de todos los oficios, muebles de todos los tiempos, utensilios culinarios de todas las cocinas, desde la del palacio real, hasta las del infecto bodegon; chinelas bordadas y zuecos de madera, chales de cachemir y pañuelos de Madrás; escribanías de plata y tinteros de cuerno y de barro; restos de porcelana dorada, y cacharros desportillados de arcilla.

Esto, dirán, son las férias de Madrid, y dirán la verdad; porque de tales y tan variados elementos se compone aquel *Pandemonium*; pero ¿no hay más que objetos materiales en ese conjunto extraño? ¿Esas dos largas filas de puestos, llenos de todo lo que ligeramente hemos bosquejado, no hacen allí más que formar una calle inmensa? Indudablemente: para el que se tomó la molestia de

pensar, algo más debe encerrar ese todo confuso y abigarrado.

Madrid entero acude en tropel á dar una vuelta por la féria. Cada uno llevará su objeto. En una concurrencia en donde están representadas todas las clases sociales, muy diferentes deben ser los móviles que las reúnan en ese mismo punto; y en verdad que allí encontrarán satisfaccion para todos los gustos. El anticuario, el filósofo, el literato, la doncella del pueblo, la dama aristocrática, el artesano y el labriego, el sacerdote, el militar, la jóven, la achacosa abuela, el aturdido mancebo, el estudiante, el empleado, el músico y el poeta, todos hallarán algo que les sea útil, necesario, ó de puro entretenimiento.

El desórden de la belleza, ó la belleza del desórden, darian materia á más de un poeta para lucir sus galas; porque no carece de poesía aquel conjunto de restos tan varios en la forma como en la esencia.

Desde el tono elegíaco hasta el poema filosófico, todos los cantos, todas las formas, todos los metros hallarian aplicacion. ¡Cuántas historias de amor, de lágrimas, de orgía y de miseria casta y pudorosa, podrian contrarnos aquellos girones arrancados del traje

de la gran señora, ó del último vestido de la infeliz huérfana que sucumbió víctima del hambre y del frío! ¡Por qué camino llegaron á figurar en las fériás el reloj del jugador, el anillo de la desposada, el traje de griego, ó romano, de un aplaudido artista, el lecho conyugal de un matrimonio feliz y enamorado! ¡Cuántas anécdotas picantes podrian referirnos aquellos espejos, hoy tan deteriorados, y que tan brillante papel desempeñaron en los salones de una célebre hermosura! ¡Qué no dirian, si les fuera dado hablar, aquellos deslucidos cortinajes que cubrian la entrada de un despacho de ministro!

Al sillón que sirvió durante mucho tiempo á un bravo general, preso en él por la gota, y que escuchó sus votos y porvidas, tampoco le faltarian hechos que referir y comentarios que hacer. ¿Quién podria escuchar sin conmovirse las justas quejas de aquellos retratos abandonados, que habian sido hechos para adorarlos eternamente? ¡Cuántos aplausos habrán escuchado aquellas flores marchitas, aquellas coronas deslucidas, aquellas joyas de oro falso, aquellas blondas, aquellos encajes, aquellas plumas, y aquellos mantos de rojo terciopelo, despojos todos de triunfos artísticos, ruidosos y

atronadores! ¡Cuántas lágrimas silenciosas, ahogadas, habrán escuchado aquellos muebles modestos, que un día ornaron la pobre estancia de la viuda, de la huérfana, ó del anciano enfermo y pobre!

Ese libro que hojea con mano brutal un indiferente, es el libro de oraciones de una casta niña que murió en la primavera de la vida. Entre sus páginas acaba de hallar un pétalo de rosa blanca: este hallazgo le arranca una cínica sonrisa: ¡la niña mojó aquel pétalo, menos puro que su pensamiento, con una lágrima!...

Esto son, en conjunto, las férias de Madrid: un mercado en el que se ponen á la venta pública, confundidos en pintoresco desorden, los despojos del lujo y de la miseria, del vicio, del juego, de la orgía, de la opulencia perdida, de la virtud que tiene hambre y frío, y alguna vez ¡quién sabe! del crimen. Todas las penas, todas las alegrías, todos los triunfos, desde los obtenidos en la escena de un teatro, hasta los alcanzados en el campo de batalla, tienen allí su representacion.

La corona de laurel, arrojada á los piés del artista; la espada del soldado y el baston del general, se confunden en fraternal abra-

zo bajo la tienda de lona ó estera de un puesto de las ferias; y los paseantes, los simples curiosos, lo miran todo, lo revuelven todo con estóica indiferencia, y pasan de largo para hacer otro tanto más allá.

El estudiante busca libros baratos, después de haber vendido los suyos para pagar una partida de placer: la coqueta de contrabando espera hallar galas que parezcan nuevas y le cuesten como viejas; la ama de huéspedes quiere muebles para alhajar su tugurio, y el curioso anticuario se extasia ante aquellos objetos venerables, que pertenecieron (á lo menos él lo cree así) al rey de los merovingios, ó á los cortesanos de Pelayo.

El filósofo saca deducciones más ó menos peregrinas; el pueblo ríe, goza, come avellanas y melocotones de Aragon; la dama aristocrática y el *dandy* lucen sus trenes, sus galas y su fatuidad, y nosotros, de todos estos detalles, hemos sacado material para trazar á grandes rasgos este boceto, dándole el título, un poco pretencioso quizá, de *Ferías de Madrid*.

FIN.



As part of the...

The following...

It should be...

The results...

These findings...



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria	v
Carta-prólogo.....	vii
Introduccion.....	1
Las medias azules (tradicion castellana)....	7
A orillas del Manzanares.....	25
La velada en Castilla la Vieja.....	35
El Tio-Vivo.....	43
La hija del titiritero.....	51
La casa de paso.....	63
Los juegos de la infancia.....	68
El bautizo en Extremadura.....	81
Romería de San Isidro.....	97
Las glorias de Castilla.....	104
La niña de la pandereta.....	118
Las hogueras de San Anton.....	137
Las casas de vecindad (de ayer).....	148
Las casas de vecindad (de hoy).....	160
El dechado.....	169

	<u>Páginas.</u>
Los mantos.....	178
El concierto de café.....	191
La sortija, el gallo y la cucaña (fiestas del Carnaval en Castilla).....	201
El luto.....	211
El narrador.....	219
Los penitentes (costumbres castellanas).....	228
Los bailes públicos.....	236
Las ferias de Madrid.....	260





1052614





60984 81800